

9(72)

L1.

F/203

.G3

V.2



FONDO
SALVADOR TOSCANO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



LA DESTRUCCION
DE ANTIGÜEDADES MEXICANAS

Atribuida á los misioneros en general y particularmente al Illmo. Sr. D. Fr. Juan de Zumárraga, primer obispo y Arzobispo de México [1].

NO de los mayores obstáculos para el esclarecimiento de la verdad histórica es la consistencia que llegan á adquirir ciertos errores, y hay necesidad de rectificarlos. Uno de los más arraigados es la creencia de que la destrucción de los manuscritos mexicanos fué obra exclusiva

[1] Esta Disertación forma el capítulo XXII y último del intitulado «Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y Arzobispo de México. Estudio Biográfico y Bibliográfico por Joaquín García Icazbalceta.» Las citas del *Apéndice* se refieren al de documentos inéditos ó raros que acompaña á la obra; y de ellos solo se han agregado á esta disertación las cartas de los PP. Acosta y Tovar por ser especialmente relativas al punto en cuestión.

de los primeros misioneros, quienes, por puro fanatismo, acompañado de crasa ignorancia, acabaron indistintamente con todo. Dando por innegable el hecho, han venido luego amargas lamentaciones por la pérdida de tan gran tesoro, cuya conservación nos hubiera proporcionado un perfecto conocimiento de la historia, leyes y costumbres de los pueblos conquistados: beneficio inestimable de que nos privaron aquellos frailes ignorantes. El cargo ha pesado principalmente sobre el Sr. Zumárraga, á quien se ha llegado á bautizar con el nombre de *Omar del Nuevo Mundo*, aludiendo á la quema (real ó supuesta) que aquel califa hizo de la gran biblioteca de Alejandría. Dícese entre otras cosas que el señor obispo se apoderó de los ricos archivos de Texcoco, y recogió además cuantas pinturas de los indios pudo haber á las manos, para formar con todo un gran montón, semejante á una montaña, que redujo luego á cenizas. Tanto se ha generalizado esta creencia, que un escritor, el último que ha tratado este punto, se expresa así: "Al afirmar en la primera página de estos *Anales*, que el primer obispo y arzobispo de México, Fr. Juan Zumárraga, y los conquistadores y misioneros en general destruyeron todas las escrituras y monumentos aztecas que pudieron haber á las

manos, considerándolos como un obstáculo invencible para abolir la idolatría é inculcar el cristianismo á los pueblos subyugados, no creí que pesara sobre mí la responsabilidad de este aserto: *suponia que era un hecho que había pasado en autoridad de cosa juzgada*, y que no necesitaba exponer las pruebas históricas que lo demuestran (1)." (Y todavía más recientemente, el redactor del Catálogo de la Biblioteca del Sr. Ramirez, que se muestra bastante entendido en nuestra historia y bibliografía, al hablar de un libro que pertenció al Sr. Zumárraga, puso la siguiente nota: "Es una interesante memoria del gran iconoclasta, á cuyo celo por la verdadera fe, semejante al de Omar, la literatura debe la pérdida de innumerables manuscritos Mexicanos [2]."

Justo es decir que el hecho de quedarnos pocos papeles y monumentos aztecas da visos de verdad á la acusación. Investigar cuáles han sido las causas de ese hecho, y la parte que en él hayan tenido el Sr. Zumárraga y los misioneros, es trabajo de sumo interés, porque no se trata de contentar una vana curiosidad, sino de dar á cada

[1] D. JESÚS SANCHEZ, *Cuestión Histórica*, apud *Anales del Museo*, tom. I, pág. 37.

[2] "It is an interesting relic of the great iconoclast, to whose Omar-like zeal for the true faith literature owes the loss of innumerable Mexican manuscripts. No. 740.

uno lo suyo y de saber si realmente hubo tanta ignorancia y fanatismo en los primeros apóstoles de nuestro suelo. Ignoro por qué se ha querido convertir esa destrucción en una arma contra la Iglesia que en ningún caso podría ser responsable de hechos individuales. Pero lo cierto es que los historiadores protestantes, y otros que sin serlo no ocultan su aversión á la jerarquía eclesiástica, se han complacido en abultar la destrucción y en atribuir la exclusivamente á los frailes, con el obispo al frente. Muy incompleta quedara la biografía del Sr. Zumárraga, si no dedicáramos un capítulo de ella á investigar hasta qué punto llegó la destrucción, y quiénes fueron los que la causaron.

A lo que recuerdo, no he escrito hasta ahora nada acerca de esta materia; pero sí la he discutido en conversaciones con personas entendidas, sosteniendo nada más, que no hay autoridad suficiente para creer que el Sr. Zumárraga consumió en una hoguera los archivos de Tezcoco. No había apariencia de que llegara á tratarse la cuestión por la prensa; pero á mediados del año de 1877 salió el primer número de los *Anales del Museo Nacional de México*, á cuyo frente hay una Reseña histórica del establecimiento, escrita por el profesor de Zoología del mismo, Sr. D. Jesús Sánchez, quien dió princi-

pio á su trabajo con estas palabras: «Terminado el *furor* del primer arzobispo Zumárraga y de los conquistadores y misioneros para destruir *todas* las escrituras y monumentos aztecas, considerándolos como un obstáculo invencible para abolir la idolatría é inculcar el cristianismo á los pueblos subyugados, vino una época más ilustrada, y entonces se comprendió la pérdida irreparable que había sufrido el Nuevo Mundo.» Y poco más adelante añade, que «los reyes de España trataron de reparar, hasta donde fué posible, el mal causado *por la ignorancia y el fanatismo.*»

No faltó quien me dijese entonces, que aquella era la ocasión de discutir públicamente el punto; pero me abstuve de ello, entre otras razones, porque ya trabajaba en la presente obra, donde naturalmente tendría cabida la discusión. Mas un periódico de esta capital (1) atacó al Sr. Sánchez, poniendo en duda sus asertos; y aunque el párrafo apareció como de la redacción, se supo que era de un conocido literato, autoridad en la materia. El Sr. Sánchez creyó, por lo mismo, que debía contestar, y lo verificó publicando en el 2.º número de los *Anales del Museo* una meditada disertación, con el tí-

(1) «El Monitor Republicano», 15 de Septiembre de 1877.

tulo de «Cuestión histórica.» Replicó el periódico (1) y entre otras cosas dijo que en esa cuestión estaba de un lado el Sr. Orozco y Berra, atacando al arzobispo de México, y yo del otro defendiéndole. Anunciaba, por último, que yo iba á contestar al Sr. Sánchez.

Esto no era exacto, porque nunca tuve tal propósito. Lo que se dice de mi estimadísimo amigo el Sr. Orozco y de mí, podría hacer creer que habíamos sostenido alguna polémica pública, que no hubo. Lo que pasó fué que dos ó tres veces en la Academia Mexicana, después de concluida la sesión, emprendimos plática acerca de esta materia, con la calma propia de nuestra vieja amistad, y los otros señores académicos tuvieron la bondad de quedarse á escucharnos. El Sr. Orozco sostenía en efecto lo que el periódico dijo, y era para mí un adversario temible. De aquellas conversaciones tuvo entera noticia el Sr. Sánchez ántes de escribir su disertación, y áun leyó una carta particular que en esos días escribí al Sr. Orozco: todo lo cual fué con autorización mía, que el Sr. Orozco tuvo la delicadeza de pedirme, aunque no le era necesaria.

[1] 29 de Noviembre del mismo año.

Nada importa tanto en una cuestión, como fijar bien los términos de ella. No niego que los misioneros destruyeran templos, ídolos y áun manuscritos, pues por su propio testimonio lo sabemos. Lo que niego es que el Sr. Zumárraga quemara los archivos de Tezcoco hacinados en forma de *montaña*, y persiguiera *con furor* los manuscritos. Podrá ser que destruyera alguno, aunque hasta ahora no me consta un solo caso; pero de un hecho aislado á la persecución sistemática, á la destrucción casi completa del tesoro histórico de los aztecas, al ciego afán que se le atribuye de buscar y destruir hasta el último manuscrito, hay distancia inmensa. No sé que ántes de ahora haya negado álguien formalmente que el señor obispo hiciera la tal quemazon: los más benignos, que son pocos, se han contentado con disculparle. El empeño es loable, pero inútil, si puede probarse que la acusación es infundada. A este fin va encaminado el presente capítulo. No alcanzo medio de prestar atractivo á esta árida investigación, y no será poco si consigo darle claridad. Para ello me fijaré en la disertación del Sr. Sánchez, no porque sea mi ánimo dedicarme especialmente á impugnarla, sino porque allí ha reunido todos sus elementos la acusación, y porque reconozco en ese escrito la

importancia que le dan los propios conocimientos del Sr. Sánchez, y la poderosa colaboración del Sr. Orozco. Mas no puedo ménos de hacer notar aquí el cambio de ideas que se verificó rápidamente en el autor. En su *Reseña* había un *furor* del señor arzobispo y de los misioneros para destruir todas las escrituras y monumentos de los aztecas; y ese *furor* era hijo de la *ignorancia* y el *fanatismo*: luego aquel prelado y aquellos misioneros eran ignorantes y fanáticos. En la *Cuestión Histórica* nada hay de esto: los misioneros obraron puramente por celo indiscreto: el señor obispo era «un varón de gran virtud, enérgico, humilde y acérrimo defensor de los indios. . . . para quienes fué un verdadero padre: grandes fueron sus virtudes y grande su celo apostólico;» y si incurrió en la falta de destruir las antigüedades aztecas, fué por que no estaba exento de las ideas y preocupaciones de su época, y porque no pudo librarse del influjo que naturalmente debía ejercer en él la opinión unánime de los misioneros. Esta notable modificación en sus juicios honra al Sr. Sánchez, y no será temerario pensar que se debió al estudio especial que se vería obligado á hacer para replicar al ataque del periódico. Si el Sr. Sánchez quiere pro-

fundizar todavía más ese estudio, confío en que vendremos á quedar de acuerdo.

Asienta el Sr. Sánchez dos proposiciones: «1.^a Los primeros misioneros, con pocas excepciones, destruyeron *todo* lo que tenía relación con el culto, la historia y las antigüedades de México. 2.^a El Sr. Zumárraga tomó un participio activo en esta destrucción.»

Diez y ocho autores (algunos varias veces) cita el Sr. Sánchez en apoyo de su tesis. Echo ménos en las citas el orden necesario para que puedan abarcarse de una ojeada. Tratarémos de dar á esos autores un mediano orden cronológico (1).

1.^o Fr. Pedro de Gante en su *Carta* de 27 de Junio de 1529. Destrucción de templos é ídolos (2).

(1) Como no todos las personas que lean este escrito podrán haber á las manos la disertación del Sr. Sánchez, me veo en la necesidad de copiar en notas las autoridades que cita, á fin de que la exposición de pruebas quede completa.

(2) «Todos los domingos estos jóvenes (500 á quienes daba instrucción) salen de la ciudad y van á predicar en todo el país á cuatro, ocho, diez, veinte y hasta treinta millas para propagar la fe católica, y preparar al pueblo, con sus instrucciones, para recibir el bautismo. Viajamos también con ellos para derribar los ídolos. Mientras que nosotros destruimos los templos en un país, ellos los destruyen en otros, y elevamos iglesias al verdadero Dios. En estas ocupaciones empleamos nuestro tiempo, &c.» Esta carta no se ha publicado todavía en castellano: en francés la trae Ternaux, tom. X [pág. 201]. La traducción del pasaje es del Sr. Sánchez.

2.º El Sr. Zumárraga, *Carta al Capítulo*, 12 de Junio de 1531. Templos é ídolos; y también manuscritos, según el Sr. Sánchez (1).

3.º Fr. Toribio de Motolinia, en su *Historia de los Indios*, escrita de 1536 á 1540. Ídolos (2).

4.º El P. Sahagun, en su *Historia General de las cosas de Nueva España*. Según las investigaciones del Sr. Chavero, vino en... 1529, y escribió su obra entre 1560 y 1580. Tres citas. 1.ª Destrucción de manuscritos por el rey Itzcoatl ó Itzcohuatl. 2.ª De manuscritos por los misioneros. 3.ª No trata de destrucción verificada: únicamente dice que

[1] «Sabeis que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos en la conversión de los infieles, de los cuales [por la gracia de Dios] por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico padre S. Francisco de la regular observancia, se han bautizado más de un millón de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas,» &c. Más adelante tendremos ocasión de examinar esta carta.

[2] «Tenían [los indios] por dioses al fuego, al aire, y al agua, y á la tierra, y de estos sus figuras pintadas; y de muchos de sus demonios tenían rodela y escudos, y en ellas pintadas las figuras y armas de sus demonios con su blason. De otras muchas cosas tenían figuras é ídolos de bullo y de pincel, hasta de las mariposas, pulgas y langostas, grandes y bien labradas. Acabados de destruir estos ídolos públicos, dieron [los religiosos] tras los que estaban encerrados en los pies de las cruces, como en cárcel, porque el demonio no podía estar cabe la cruz sin padecer gran tormento y á todos los destruyeron.» *Historia de los Indios de Nueva España*, trat. I, cap. 4. En la nota introdujo el Sr. Sánchez por equivocación el nombre de *Mendieta*.

el calendario de los 260 días es supersticioso y debe ser quemado donde quiera que se halle, á pesar de que otro religioso le defendía (1).

5.º El P. Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*. Nació hácia 1538 y escribía en 1579 y 1581. Destrucción de manuscritos por los religiosos antiguos (2).

[1] «En su época [de Itzcohuatl, cuarto rey de México] se quemaron las pinturas: los señores y principales que había entónces, acordaron y mandaron que se quemasen todas, porque no viniesen á manos del vulgo y tuessen menospreciadas.» *Historia General de las cosas de Nueva España*, lib. X, cap. 29.

«Estas gentes [los indios] no tenían letras ni caracteres algunos, ni sabían leer ni escribir: comunicábanse por imágenes y pinturas, y todas las antiguallas suyas y libros que tenían de ellas estaban pintados con figuras é imágenes, de tal manera, que sabían y tenían memorias de las cosas que sus antepasados habían hecho y dejado en sus anales, por más de mil años atrás, antes que viniesen los españoles á esta tierra. De estos libros y escrituras los más de ellos se quemaron al tiempo que se destruyeron las otras idolatrías; pero no dejaron de quedar muchas escondidas, que las hemos visto, y aun ahora se guardan, por donde hemos entendido sus antiguallas.» *Ibid.*, lib. X, cap. 27.

La tercera cita de Sahagun se refiere al Apéndice del libro IV. Sería muy largo copiar todo lo que allí dice acerca del calendario de los 260 días; basta con la conclusión: «En lo que dice (cierto religioso) que en este calendario no hay cosa de idolatría, es grande mentira, porque no es calendario sino arte adivinatoria, donde se contienen muchas supersticiones, y muchas invocaciones de los demonios, fáctica y expresamente, como parece en todo este cuarto libro precedente.»

[2] «No ignoro el excesivo trabajo que será relatar crónica y historias tan antiguas, especialmente tomándolas tan de atrás, porque Allende de haber los religiosos antiguos quemado los libros y escrituras y haberse perdido todas, faltan ya los viejos ancianos y antiguos que podrían ser autores de esta escritura, y hablar de la fundación y cimiento desta tierra, de los cuales había yo de tomar el intento de sus antigüedades.» *Historia de las Indias de Nueva España*, tom. I, página 17.

6.º P. José de Acosta, *Historia Natural y Moral de Indias* publicada en 1590. El autor andaba por aquí en 1586. Destrucción de manuscritos en Yucatán, por un doctrinero, y pérdida en general «de muchas memorias de cosas antiguas y ocultas (1).»

7.º Illmo. Dávila Padilla, *Historia de la Provincia de Santiago*, publicada en 1596. El autor era mexicano y nació en 1562. Dos citas: la primera se refiere á la destrucción del ídolo ó bajo relieve de Tetzcotzingo por el Sr. Zumárraga y el P. Betanzos. Aquí aparece por primera vez el señor obispo como destructor de ídolos. La segunda cita no habla de destrucción (2).

(1) «En la provincia de Yucatán, donde es el obispado que llaman de Honduras, habla unos libros de hojas á su modo encuadrados ó plegados, en que tenían los indios sabios la distribución de sus tiempos, y conocimientos de planetas (plantas?) y animales y otras cosas naturales, y sus antiguallas, cosa de grande curiosidad y diligencia. Parecióle á un doctrinero que todo aquello debía de ser hechizos y arte mágica, y porfió que se habían de quemar, y quemáronse aquellos libros, lo cual sintieron después no sólo los indios, sino españoles curiosos que deseaban saber secretos de aquella tierra. Lo mismo ha acaecido en otras cosas, que pensando los nuestros que todo es superstición, han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudiera no poco aprovechar. Esto sucede un celo necio, que sin saber ni áni querer saber las cosas de los indios, á carga cerrada dicen que todas son hechicerías, y que estos son todos unos borrachos, que qué pueden saber ni entender?» *Historia Natural y Moral de las Indias*, lib. 6, cap. 7.

(2) No pone el Sr. Sánchez, en la primera cita, las palabras de Dávila Padilla. Hé aquí un extracto del pasaje, que pertenece al libro II, cap. 8: «A una legua del pueblo se ve hoy con extraña majestad el puesto que tenía el demonio tiranizado para su honra. Es un cerro que se llama

8.º. El cronista Herrera (1549-1625) cuya grande obra comenzó á publicarse en 1601. Dos citas: 1ª. Destrucción de manuscritos por los misioneros. 2ª. Que los Mexicanos tenían ídolos y pinturas que adoraban por dioses [1].

9.º. P. Torquemada, *Monarquía Indiana*: profesó aquí en 1583. Publicó su obra en 1615. Tres citas. 1ª. No habla de destrucción. 2ª. Que los religiosos y obispo primero D. Juan de Zumárraga quemaron las historias de los señores de Azcapotzalco, con otros muchos papeles de gran importancia. 3ª. Que al principio de la conver-

Tezcuicingo, donde el gran poder de los reyes de Tezcoco se habían singularizado en servicio del demonio. En lo más alto de este cerro estaba el famoso ídolo que llamaban Caualcóitl, y todo el cerro estaba sembrado en contorno de vistosas arboledas y preciosos frutales. . . . En lo más alto de todo el cerro estaba labrado en Peña Viva un Coyotl que llamaban en esta tierra, y es un género de lobes ménos feroz que los de Europa. . . . Esta figura representaba á un indio grande ayunador, á quien tuvieron por santo; y fingiendo luego el demonio figura de este animal, se les apareció diciendo que era el ayunador, y así le dieron el nombre, que significa lo uno y lo otro. Este ídolo destruyeron el santo obispo de México Fr. Juan Zumárraga y el bienaventurado padre Fr. Domingo de Betanzos, y mandaron destruir y deshacer toda la figura del Coyotl.»

La segunda cita es del lib. II, capítulo 88. Se refiere simplemente al hallazgo de un gran ídolo de papel, que más adelante tendremos ocasión de examinar.

(1) «Tenían asimismo mucha curiosidad en hacer ídolos y pinturas de diversas formas, y las adoraban por dioses.» Dec. III, lib. 2, cap. 15.

«Y también tenían memoria de sus grandezas en cantares y pinturas, muchas de las cuales, por ignorancia, mandaron quemar los primeros nuestros religiosos, aunque con celo católico, entendiendo que eran libros de idolatrías.» Dec. II, lib. 6, cap. 17.

sión se quemaron ciertos libros. Primer autor que atribuye quemazón de manuscritos al Sr. Zumárraga; pero sin decir nada de los archivos de Tezcoco [1].

(1) «Por la presente rogamos, y si necesario es mandamos á V. R. se encargue, desde luego, de recoger todas las relaciones y escritos. . . . que para hacer nuevas crónicas de todas las provincias se hallaren, examinando de nuevo la verdad de todos é inquiriendo ó buscando y averiguando los casos particulares y comunes que importaren. . . . así de la vida de tantos religiosos santos y graves. . . . como también de los nuevamente convertidos, de sus ritos y ceremonias.» *Ve. Carta de Fr. Bernardo Salva al autor, ántes del Prólogo General.*

«Cuyas historias [de Totlehuac] y años de su reinado y gobierno han faltado y pericido, ó porque los indios antiguos escondieron estos papeles, porque no se los quitasen los españoles cuando les entraron la ciudad y tierras, y se quedaron perdidos, por muerte de los que los escondieron, ó porque los religiosos y obispo primero D. Juan de Zumárraga los quemaron, con otros muchos de mucha importancia para saber las cosas antiguas de esta tierra, porque como todos ellos eran figuras y caracteres que representaban animales racionales y irracionales y verbas, árboles, piedras, montes, aguas, sierras y otras cosas á este tono, entendieron que era demostración de supersticiosa idolatría, y así quemaron todos cuantos pudieron haber á las manos, que á no haber sido diligentes algunos indios curiosos en esconder parte de estos papeles y historias, no hubiera ahora de ellos aun la noticia que tenemos.» Lib. III, cap. 6.

«Otro señor tenía á su cargo todas las cosas que se escribían á manera de historias, y cuidaba mucho de los coronistas, que á su modo y en pintaras los historiaban, notando el día, el mes y el año, como todas las naciones del mundo que han tenido curiosidad en esto. En estas ponían los hechos y batallas de los reinos, las genealogías de los reyes y cosas notables de la república, y todo andaba por mucha cuenta y orden, aunque por haberse quemado estos libros al principio de la conversión [porque entendieron los ministros que los quemaron, que eran cosas supersticiosas é idolátricas] no ha quedado para ahora muy averiguado todo lo que ellos hicieron y tiempo que poseyeron estas tierras; y lo que en estos libros decimos, es sacado de algunos fragmentos que quedaron, y de un libro que se halló en poder de un señor tezcucano, nieto del rey Nezahualpilli, llamado D. Antonio Pimentel, que fué hombre é muy curioso en estas y otras cosas.» Lib. XIV, cap. 6.

10°. D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, descendiente de los reyes de Tezcoco. Según el Sr. Ramírez, nació en 1568, murió en 1648, escribió de 1600 á 1615 ó 16. El Sr. Sánchez [pág. 54] dice que "floreció á principios del siglo XVI." Si no es errata de imprenta, se equivocó en un siglo, pues debió decir XVII; diferencia de suma importancia en la presente investigación. Una cita: Destrucción del idolo de Tezcotzingo por el Sr. Zumárraga. Otros textos del mismo autor, que luego veremos, harían mucho más al propósito del Sr. Sánchez [1].

11°. Robertson, *Historia de América*, publicada en 1777. Quemazón de todas las pinturas para obedecer una orden de Juan de Zumárraga [2].

(1) «Estaba en él (en un estanque) una peña, esculpida en ella en circunferencia los años desde que había nacido el rey Nezahualcoyotzín hasta la edad de aquel tiempo; y por la parte de afuera los años, en fin de cada uno de ellos asimismo esculpidas las cosas más memorables que hizo, y por dentro de la rueda esculpidas sus armas, que eran una casa que estaba ardiendo en llamas y deshaciéndose, otra que estaba muy ennoblecida de edificios, y en medio de las dos un pié de venado, atada en él una piedra preciosa, y salían del pié unos penachos de plumas preciosas y asimismo una cierva, y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas, y como un hombre armado con su morrión y orejeras, coselete y dos tigres á los lados, de cuyas bocas salían agua y fuego, y por orla doce cabezas de reyes y señores, y otras cosas que el primer arzobispo de México D. Fr. Juan de Zumárraga mandó hacer pedazos, entendiéndolo ser algunos ídolos; y todo lo referido era la etimología de sus armas.»—La cita es del cap 42 de la *Historia Chichimeca*, pág. 252 del tom. IX de la colección de Kingsborough.

(2) El Sr. Sánchez pone en castellano el texto de Robertson. Como no me contenta mucho la traducción, prefiera

12º. P. Clavijero, *Historia antigua de México*, 1780. Tres citas: 1ª. Destrucción de pinturas por los primeros predicadores, que las persiguieron *con furor*. De cuantas pudieron haber en Tezcoco hicieron en la plaza del mercado tan crecido rimero, que parecía un monte, y le pegaron fuego. Aquí figuran ya los archivos de Tezcoco. pero no el Sr. Zumárraga. 2ª. Destrucción de un ídolo en Teotihuacán. por orden del primer obispo de México. 3ª. Destrucción de ídolos por el primer obispo de México y los primeros predicadores [1].

dar el original. «The obscurity in which the ignorance of its conquerors involved the annals of México, was augmented by the superstition of those who succeeded them. As the memory of past events was preserved among the Mexicans by figures painted on skins on cotton cloth, on a kind of pasteboard or on the bark of trees, the early missionaries, unable to comprehend their meaning, and struck with their uncouth forms, conceived them to be monuments of idolatry which ought to be destroyed in order to facilitate the conversion of the Indians. In obedience to an edict issued by Juan de Zumárraga a franciscan monk, the first bishop of México, as many records of the ancient Mexican story as could be collected were committed to the flames. In consequence of this fanatical zeal of the monks who first visited New Spain (which their successors soon began to lament), whatever knowledge of remote events such rude monuments contained was almost entirely lost: and no information remained concerning the ancient revolutions and policy of the empire, but what was derived from tradition, or from some fragments of their historical paintings that escaped the barbarous researches of Zumárraga.» *History of América*, book VII, al principio.

(1) «De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mexicano, pues eran innumerables los pintores, y no había objeto alguno que no representasen. Si se hubieran conservado nada se ignoraría de la historia de México, mas los primeros predicadores del Evangelio, sos-

13º. Humboldt, *Vistas de las Cordilleras*, 1810. El Sr. Zumárraga quebró el ídolo de

pechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Tezcoco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado tan crecido rimero, que parecía un monte y le pegaron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad fúé amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron cuando echaron de ver el desacierto que habían cometido; pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habían escapado de las primeras investigaciones, y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseían las ocultaban con empeño de los españoles, y no se deshacían de ellas tan fácilmente.» Lib. VII, § 47.

«Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacan, a tres millas al N. de aquel pueblo, y á más de veinte de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demás templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra y cubiertos de oro. El del sol tenía una gran concavidad en el pecho, y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos, por orden del primer obispo de México, pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado, y aun quizás hay algunos todavía.» Lib. VI, § 1ª.

«Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de México y de los primeros predicadores del Evangelio, pues por no dejar á los neófitos ningún incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los mexicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México se componían de fragmentos de ídolos, y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apenas se hallan algunas pocas en el día, aun después de la más laboriosa investigación. La conducta de aquellos buenos religiosos fué sumamente loable, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo; mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva alguna de estas en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo á la conciencia de los recién convertidos.» Lib. VII, § 50. La traducción de este pasaje no es del todo exacta.

Teotihuacán cuando emprendió destruir todo lo que tenía relación con el culto, la historia y las antigüedades de los pueblos indígenas de América [1]

14°. P. Mier. Dos citas: 1ª. De su *Apología* (1805). Archivos de Tezcoco altos como una montaña: todas las librerías de los aztecas: conflagración general por el Sr. Zumárraga y los misioneros. 2ª. De su famosa *Disertación* sobre el apóstol Sto. Tomás. Los misioneros lo *endiablaron* todo, y quemaron las bibliotecas. Hay otras cosas en el mismo autor, tan buenas como éstas [2].

(1) «Lorsque l'évêque Zumaraga, religieux franciscain, entreprit de détruire tout ce qui avait rapport au culte, à l'histoire et aux antiquités des peuples indigènes de l'Amérique, il fit aussi briser les idoles de la plaine de Micoatl. Vues des Cordillères. planche VII, ed. in fol. pag. 26.

(2) «Ya era tiempo de que los señores obispos hubieran escarmentado de su juicio precipitado sobre ellas (las pinturas mexicanas). Al primer obispo de México se le antojó que todos los manuscritos simbólicos de los indios eran figuras mágicas, hechicerías y demonios, y se hizo un deber religioso de exterminarlos por sí y por medio de los misioneros, entregando á las llamas todas las librerías de los aztecas, de las cuales sólo la de Tezcoco que era su Atenas, se levantaba tan alta como una montaña, cuando de orden de Zumárraga la sacaron á quemar. Y como los indios rehacían sus manuscritos ó los escondían para conservar la historia de su nación, se valían los misioneros de niños cristianos, á quienes investían de su errado celo para que los robasen á sus padres, y de aquí vino la muerte de los siete niños tlaxcaltecas reputados mártires. Así causó este obispo á la nación y á la república literaria una pérdida tan irreparable como inmensa.» *Apología*, apud *Biografía* por D. J. ELEUTERIO GONZÁLEZ (Monterey, 1876, 4.º), pag. 39.

«Los españoles y misioneros empeñados en no ver sino al diablo, aun en las cruces, todo lo endiablaron sin escrupulo; y recogiendo los ritos y creencias de las dife-

15° D. Cárlos Ma. de Bustamante, que escribió de 1810 á 1847. El bibliotecario de Texcoco D. Alonso de Ayacatzin "vió quemar el gran tesoro que él custodiaba, y que se lo arrancó el Sr. Obispo Zumárraga, para darlo al fuego como un depósito de nigromancia [1]."

16°. M. Ternaux-Compans, 1840, dice que se ha echado en cara á Zumárraga y á los

rentes provincias, y por haber quemado las bibliotecas, informándose del vulgo necio, que entre los católicos daría tambien de nuestra creencia una relacion endiablada, hicieron una pepitoria insoportable. Desde que los españoles llegaron á Nueva España y se vieron incensar y llamar *teotli* ó *teutli*, dieron en que los tenían por dioses, y oyendo esta palabra los misioneros aplicada hasta á los montes, todo se les volvió dioses y diosas.—*Historia de la Revolución de Nueva España* [con el nombre de D. JOSÉ GUERRA], [Londres, 1813, 2 ts 8or] tom. II. Apéndice, pag. xi, ó SAHAGUN, Suplemento al lib. III, pag. XXVI.

[1] «Cuando se escribió la obra del P. Sahagun, dice señor Beristain en su *Biblioteca Hispano Americana* [página 91] lo hizo en doce grandes volúmenes en papel de marca, con dibujos preciosos y figuras, según la escritura simbólica que usaban los mexicanos; obra que debió haber sido inmortal; pero que habiendo costado al autor muchos disgustos, porque sus celosos compañeros decían que no debían perpetuarse los vestigios de la idolatría, le fué arrebatada de las manos para el cronista Herrera á quien le aprovecharon [dice con gracia Torquemada] lo mismo que las coplas de D. Gaiferos, pues aquel español ignoraba absolutamente la lengua mexicana.—Los mapas con que acompañó dicha obra eran los comprobantes de ella, estaban formados con la mayor exactitud por los mismos indios testigos sincrónicos de la conquista, por los más sabios tezcucanos que entónces todavía existían, y probablemente por el archivero de aquella ciudad D. Alonso de Ayacatzin, que vió quemar el gran tesoro que él custodiaba, y que se lo arrancó al señor Arzobispo Zumárraga para darlo al fuego como un depósito de nigromancia. Carecemos, por tanto, de este archivo preciosísimo con el que hoy podíamos comprobar toda esta historia.» Nota al fin del lib. IV de SAHAGUN, tom. I, pag. 350.

misioneros de su tiempo la destrucción de todos los manuscritos mexicanos [1].

17º. Prescott, *Conquista de México*, 1ª edición 1843. El primer arzobispo de México, cuyo nombre debe ser tan inmortal como el de Omar, recogió de cuantas partes pudo las pinturas y principalmente de Tezcoco. Reunido todo en forma de *un monte*, lo redujo á cenizas en la plaza del mercado de Tlatelolco. La soldadesca ignorante no tardó en imitar el ejemplo de su prelado; cuanto manuscrito caía en sus manos era destruído sin reparo [2].

[1] El original del pasaje traducido por el Sr. Sánchez dice así: «On a beaucoup reproché á Zumarraga et aux missionnaires de son temps, la destruction de tous les manuscrits mexicains. Ils ont sans doute causé á la science un tort irréparable; mais il ne faut pas oublier que leur grande affaire était la propagation de la religion chrétienne, et ils regardaient comme un devoir de détruire tout ce qui pouvait leur rappeler leurs anciens croyances.» *Mémoires*, &c., tom. XVI, pag. 1.

[2] Texto original. «At the time of the arrival of the Spaniards, great quantities of these manuscripts were treasured up in the country. Numerous persons were employed in painting, and the dexterity of their operations excited the astonishment of the Conquerors. Unfortunately, this was mingled with other and unworthy feelings. The strange unknown characters inscribed on them excited suspicion. They were looked on as magic scrolls; and were regarded in the light with the idols and temples, as the symbols of a pestilent superstition, that must be extirpated. The first archbishop of México, D. Juan de Zumarraga—a name that should be as immortal as that of Omar,—collected these paintings from every quarter especially from Tezcoco, the most cultivated capital in Anahuac, and the great depository of the national archives. He then caused them to be piled up in a «mountain-heap»—as it is called by the Spanish writers themselves—in the market-place of Tlatelolco and reduced them all to ashes! His great countryman Archbishop Ximenes had celebrat-

18.º Alamán, *Disertaciones*, 1844. Dos citas: 1.ª Destrucción de templos, de ídolos y de manuscritos: archivos de Tezcoco. 2.ª El Sr. Zumárraga destruyó todos los manuscritos que pudo haber á las manos [1].

ed a similar *auto-da-fe* of Arabic manuscripts in Granada, some twenty years before. Never did fanaticism achieve two more signal triumphs, than by the annihilation of so many curious monuments of human ingenuity and learning:—The unlettered soldiers were not slow in imitating the example of their prelate. Every chart and volume which fell into their hands was wantonly destroyed, so that when the scholars of a later and more enlightened age anxiously sought to recover some of these memorials of civilization, nearly all had perished, and the few surviving were jealously hidden by the natives.» *History of the Conquest of Mexico*, book I, ch. 4.

[1] «Los misioneros comenzaron el año de 1525 quemando, en el primer día de él, el templo mayor de Tezcoco, que era de los más hermosos, queriendo que así como la redención del género humano había tenido principio en aquel día con la circuncisión del Hijo de Dios, así lo tuviese la regeneración del país recién conquistado, con la destrucción de uno de los más famosos templos de su idolatría. Grande fué la sensación que tal acto causó en los indios, quienes con grandes gritos y muchas lágrimas manifestaban el dolor que les causaba la ruina de aquel monumento; pero los misioneros firmes en su propósito, y auxiliados por la autoridad y poder de Cortés, tan celoso en este punto como los misioneros mismos, llevaron adelante su empresa. Estos actos solían hacerse de una manera pomposa: los religiosos acompañados de los niños de las escuelas y de los catecúmenos más instruidos, celebraban misa en público con la mayor solemnidad que podían, y concluido el santo sacrificio, iban en procesion al paraje en donde se habían reunido los ídolos y otros objetos de la superstición de los naturales, y cantando el salmo 113, se ejecutaba prácticamente sobre los ídolos el contenido de cada versículo: «Nuestro Dios reside en el cielo: todo está sujeto á su voluntad. Los simulacros de las gentes son oro y plata, obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablarán, tienen ojos y no verán. Tienen oídos y no oirán, tienen narices y no olerán.» El martillo del misionero hacia entonces pedazos aquellos miembros del ídolo cuya inutilidad había cantado el Profeta real, y los muchachos de la escuela, después de la ceremonia, con grita y algazara insultaban los restos mutilados del simulacro, que por tantos siglos habían adorado sus abuelos,

Mismo tratado, cap. 5, refiere que la señora de Tetzitepec trajo muchas cargas de ídolos, *para que los quemasen*. Y hay otras noticias semejantes.

El P. Durán dice: «Y así erraron mucho los que con buen celo (pero no con mucha prudencia) quemaron y destruyeron al principio todas las pinturas de antiguallas que tenían.» (Pte. II, cap. 78).

Del P. Torquemada tenemos, entre otras cosas, lo siguiente:

«Se debe comenzar la historia de ellos [desde los primeros pobladores], lo cual hago yo, habiendo buscado su origen en libros que los naturales tenían guardados y escondidos por el grande miedo que á los principios de su conversion cobraron á los ministros evangélicos; porque como eran de figuras (y mal pintadas) entendian que eran idolátricos, y los quemaban todos, y por redimir algo de ellos no los manifestaban.» (Prólogo al libro II).

De Ixtlilxochitl citó el Sr. Sanchez un solo pasaje en que se refiere la destruccion del ídolo ó geroglífico de Tezcotzinco, y omitió todos los que tratan de la destruccion de manuscritos. Veamos lo que he encontrado.

«Porque tenían para cada género sus escritores, unos que trataban de los anales,

poniendo por su orden las cosas que acaecian en cada un año, con día, mes y hora: otros tenían á su cargo las genealogías y descendencias de los reyes, señores y personas de linaje, asentando por cuenta y razon los que nacian, y borraban los que morian, con lo misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de las suertes y repartimiento de las tierras, cuyas eran y á quién pertenecían; otros de los libros de leyes, ritos y ceremonias que usaban en su infidelidad; y los sacerdotes de los templos de sus idolatrías y modo de su doctrina idolátrica y de las fiestas de sus falsos dioses y calendarios; y finalmente los filósofos y sábios que tenían entre ellos, estaba á su cargo el pintar todas las ciencias que sabian y alcanzaban, y enseñar *de memoria* todos los cantos que observaban sus ciencias é historias; todo lo cual mudó el tiempo con la caída de los reyes y señores, y trabajos y persecuciones de sus descendientes, y la calidad de sus súbditos y vasallos. No tan solamente no se prosiguió lo que era bueno y no contrario á nuestra santa fé católica, sino que lo más de ello se quemó inadvertidamente por orden de los primeros religiosos, que fué uno de los mayores daños que tuvo ésta

Nueva España. porque en ciudad de Tezcoco *estaban los archivos reales* de todas las cosas referidas, por haber sido la metrópoli de todas las ciencias, usos y buenas costumbres; porque los reyes que fueron de ella se precieron de esto y fueron los legisladores de este Nuevo Mundo; y de lo que se escapó *de los incendios* y calamidades referidas, que guardaron mis mayores, vino á mis manos, de donde he sacado y traducido la historia que prometo, aunque al presente en breve y sumaria relacion, alcanzada *con harto trabajo y diligencia de entender la interpretacion* y conocimiento de las pinturas y caracteres, que eran sus letras, y la traducción de los cantos, en abrazar su verdadero sentido. » [Prólogo de la *Historia Chichimeca*].

“Y no pongo de lo que ello fué, de las mil partes las novecientas, por excusar volúmen, como tengo dicho, y porque son tan extrañas cosas y tan peregrinas y nunca oídas, sepultadas y perdidas de la memoria de los naturales, y lo otro por haberles quemado al principio sus historias, que esta ha sido la principal causa de su olvido.” (*Relaciones*, apud Kingsborough, tom. IX, pág. 334).

“Estas y otras muchas cosas alcanzaron los tultecas desde la creacion del mundo y así hasta nuestros tiempos, que como tengo

dicho, por excusar prolijidad no se ponen, según en sus historias y pinturas parece, principalmente de la original, digo de las cosas que se les haya pintura é historia, que todo es cifra en comparacion de las historics que mandó quemar el primer arzobispo que fué de México.” (*Id.*, pág. 322. Poco ántes, en la misma página, había dicho “que por haberles quemado sus historias no se han podido saber ni alcanzar más de lo que aquí se ha escrito”).

“Xtliilxochitl le detuvo (á Cortés) y fué á la mano, rogándole que mirase y se condoliese de la gente miserable y sin culpa; y por mucho que hizo, todavía los tlaxcaltecas y otros amigos que Cortés traía saquearon algunas casas principales de la ciudad, y dieron fuego á lo más principal de los palacios del rey Nezahualpitzintli, de tal manera que *se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España*; que fué una de las mayores pérdidas que tuvo en tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas, y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, *perecieron desde este tiempo.*” (*Historia Chichimeca*, capítulo 91).

“Y asimismo nadie se acuerda de los aculhuas tezcucanos, y los señores capitanes, aunque es todo una misma casa, si no es de los tlaxcaltecas, los cuales, según todos los

historiadores dicen, que más aínas venían á robar que á ayudar, como claro parece, que aún en la ciudad de Tezcoco y otras partes, que eran amigos y de la parte de los cristianos, robaron las casas, y especialmente los palacios de Nezahualpitzintli; y quemaron los mejores cuartos que habia dentro de ellos, y parte de los archivos reales, que fueron los primeros destruidores de las historias de esta tierra." (*Horribles crueldades*, pág. 31).

De Clavigero nos queda también algo por recoger.

"No es mi intento dar aquí el catálogo de todas las pinturas mexicanas que se salvaron del incendio de los primeros misioneros." (Tom. I, pág. 22, edición italiana: tom. II, pág. 307, edición de México, 1844).

"Exagera (Robertson) la ignorancia de los conquistadores, y los estragos hechos en los monumentos históricos de aquella nación por la superstición de los primeros misioneros. . . . No son pocas las pinturas históricas que se preservaron de las indagaciones de los primeros misioneros, sino con respecto al increíble número de ellas que antes habia, como se vé en mi historia, en la de Torquemada y en otros muchos escritores. . . . Cuando los misioneros hicieron el lamentable incendio de las pinturas, vivian mu-

chos historiadores acolhuas, mexicanos, tepanecas, tlaxcaltecas, &c., los cuales se aplicaron á reparar aquella pérdida, como en parte lo obtuvieron, ó haciendo nuevas pinturas, ó sirviéndose de nuevos caracteres que habían aprendido, ó instruyendo verbalmente á los mismos predicadores acerca de sus antigüedades. . . . *Es, pues, absolutamente falso que se perdiese de un todo la noticia de los hechos antiguos.*" (Tom. I, pág. 19, edición italiana: tom. II, pág. 306, edición de México).

"Seria de mucho precio para nosotros tener mayores noticias acerca de esta materia (la legislación): . . . pero la deplorable pérdida de la mayor parte de sus pinturas y de algunos preciosos manuscritos de los primeros españoles nos ha privado de tales luces." (Tom. II, pág. 137, ed. ital.; tom. I, pág. 213, ed. de México).

A las dos citas de la *Apologia* del P. Mier se podrían añadir otras, tanto del mismo escrito, como de las *Cartas á Muñoz*, impresas en el tomo III de la *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México* (1879); pero sería inútil, como veremos luego.

Debemos citar ahora otros autores, no mencionados por el Sr. Sánchez, y que tra-

tan, más ó ménos, de la destrucción de antigüedades. Para que más fácilmente pueda formarse de todos una sola serie cronológica, los marcamos con números y letras: aquellos corresponden á los de la primera serie, y juntamente con las letras, indican cómo deben intercalarse en ella.

2 a. Fr. Martín de Valencia y otros misioneros, en carta al Emperador, 17 de Noviembre de 1532, dicen: «Nos repartimos por las provincias más populosas, derribando innumerables *cues* y templos donde reverenciaban sus vanos ídolos y hacían sacrificios humanos sin cuento.»—«Fechos (los niños indios) maestros é predicadores de sus padres y mayores, discurren por la tierra, descubriendo y destruyéndoles sus ídolos, y apartándolos de sus vicios nefandos, y á veces su vida corre peligro [1].»

2 b. En un códice del siglo XVI que poseo, y que suele citarse con el título de *Libro de Oro*, puesto posteriormente en su portada, hay una relación escrita al parecer por los religiosos franciscanos, hácia los años de 1530 á 34. Por desgracia el copiante era un torpe que corrompió bárbaramente su original y dejó muchas palabras en blanco al principio. A esto se agrega que el pasaje

[1] *Cartas de Indias*, pág. 55, 56.

relativo á nuestro asunto se encuentra en la primera hoja del códice que como es natural ha sufrido más que las otras el estrago del tiempo, y tiene destruido el ángulo inferior externo, con detrimento del texto. Con algún trabajo puede leerse lo siguiente:

«Muchas razones hay por que nos ha sido dificultoso saber la verdad del origen de estas gentes si se ha podido alcanzar si queremos tomarlo de lenjo, y áun en lo que se acuerdan é tienen escrito en sus libros por figuras ó caracteres hay variacion é muchos infinitos errores y engaños... del demonio como los gentiles demas naciones cuyas fábulas están escritas é se leen cada dia: lo uno porque al principio no tenían (*escritura*) ninguna ni otra memorativa que se acuerden: lo otro porque despues que ya ovo escritura (*no*) fué perfecta, sino caracteres é figuras: lo otro porque los que escribieron las cosas antepasadas no era otro Moisés; é ya que humanamente fuesen buenas per (*sonas*) é tuviesen (*in*)tento de saber y escribir la verdad, esta verdad e(*ra*)... putativa, que pensaban que todas... lo que el demonio habia sembrado en estas partes, que es cosa de espanto pensar... mas esc(*ituras*) los ritos y cerimonias é servidumbre que tenían al demonio... escritores ó letrados ó como les diremos que entienden